

esos viajes. Cuando a uno, en estas autopistas hiperdesarrolladas, se le pasa la salida que conduce al destino planificado en un principio, usualmente se tiene que dar un largo rodeo para volver a empalmar con el trayecto que uno se había trazado. A veces toma horas: en vez de llegar a St. Louis y sus *blues* se puede terminar perfectamente en Kansas City o algunas de las zonas de Louisiana recientemente devastadas gracias a los huracanes de la última temporada. Francisco Leal ha descrito, entre otras cosas, esos trayectos, pero sin abandonar una familiaridad con el lenguaje que delata –pero no denuncia– su irrefrendable pertenencia a la comunidad de una lengua, a la tradición de cierta poesía cuyas huellas son, no por evidentes, menos plausibles de reconocer. A falta de una palabra mejor, me gustaría describir esta actitud con palabras como lucidez, honestidad, o bien, agradecimiento.

CRISTIÁN GÓMEZ O.  
Universidad de Chile

Rojo B., Rodolfo

*Poemas y Poetas Clásicos Ingleses*

De Geoffrey Chaucer a Dylan Thomas. Antología bilingüe anotada

Editorial Cuarto Propio. Santiago, 2005

No es mi propósito noticiar la omisión o inclusión<sup>1</sup> de autores al reseñar esta antología de la poesía europea en lengua inglesa de Rodolfo Rojo cuyo campo de estudio cubre la considerable suma de novecientos años de historia literaria.

<sup>1</sup> A más de algún lector podrá “alarmar” la omisión de T.S. Eliot en una antología inglesa que alcanza a la cuarta década del siglo XX, no sólo por contener la poesía eliotiana piezas claves para la comprensión del desarrollo de la lírica inglesa moderna, sino también por las magníficas lecturas que Eliot hiciera de los poetas ingleses muertos, su rescate de George Herbert (incluido en la antología de Rojo) o la conflictiva lectura de la lírica de John Milton y su influencia “negativa” sobre la versificación inglesa.

En cuanto a las inclusiones, Matthew Arnold y Elizabeth Barrett son nombres omnipresentes en las antologías anglo-americanas, pero fuera de ese contexto no parecen ser igualmente canónicos o no están copiosamente traducidos al español como el aún celebrado “*If*” de Kipling que esta antología no incluye.

Empero, como indico más arriba, no creo significativas para la justificación de una antología tales omisiones e inclusiones del antólogo porque sus operaciones de gusto en la selección del material responden a un nivel autoría literaria mucho mayor que, digamos, la del autor de un manual de historia literaria donde la omisión de Eliot evidenciaría un descuido inaceptable.

Sospecho que de haber cerrado Rojo su compilación con los poetas victorianos, las quejas del lector podrían menguar.

El *corpus poeticus* de un período de tal vastedad, desde una perspectiva rigurosa, parecería palmariamente inabordable. Empero, este tipo de antología es frecuente y logra salvar su crecida cobertura apropiándose de una selección de poemas previamente aceptados y reverenciados; esto es, aquello que hoy –no sin fastidio– hemos convenido en instalar en nuestro léxico crítico contemporáneo como *el canon literario*.

Este sub-género didáctico de la antología cumple con una estimable función propedéutica al instruir al lector desinformado en el ámbito de una vasta literatura. Función social y pedagógica, desde la poesía, que ciertamente legitimamos.

Ahora bien, para quienes los poemas elegidos por Rodolfo Rojo resulten conocidos y afines, esta antología depara una placentera invitación a la relectura; permitiendo, soterradamente, advertir *entre líneas* las jugadas del antólogo y traductor.

No obstante mi propósito inicial, seguidamente revisaré ciertas premisas sobre las cuales se apoyan nuestras argumentaciones al calificar o descalificar la lista de autores ofrecida por el antólogo.

Bajo la conjetura –Borges mediante– que la antología contaría con el rango de género literario y, consecuentemente, supondría una *autoría* independiente de los textos que selecciona o comenta y obligaría a su autor a asumir, en el texto, un riesgo similar al de un dramaturgo o un poeta; deberíamos legitimar la autoría del antólogo así como, por ejemplo, aceptamos por *autor* del colaje *Bouteille, verre et violon* (1912) a Pablo Picasso y no al editor del *journal* que se halla recortado y pegado sobre la superficie del cuadro.

Porque siguiendo mi conjetura, y ya en la poesía misma, ¿acaso podríamos entender a Marceline Desbordes-Valmose como co-autora del “*pauvre Lélian*” en *Los poetas malditos*; antes que, como la prudencia aconseja, entender el libro completo como un texto de Paul Verlaine?

Porque si aceptáramos este *nonsense*, y descalificaráramos la autoría del antólogo en su texto por estar armado con piezas de textos ajenos; ¿podríamos acaso, a la manera de un inverso Pierre Menard, decir que las páginas 66, 68, 70, 72, 74, 76 y 78 de la antología de Rodolfo Rojo fueron escritas por Mr. William Shakespeare?

Empero, no obstante saber que, en esas mismas páginas, el profesor Rojo no da prueba de maestría en el manejo del soneto isabelino al regalarnos siete de “su autoría” que podrían compararse, palabra por palabra, con aquellos del “*Sweet Swan of Avon*”; no dudamos al señalar las omisiones o inclusiones que juzgamos “obligadas”; olvidando que el texto le pertenece por pleno derecho a su autor-antólogo ya que su escritura no está predeterminada por la historia literaria ni tendría por que someterse a las exigencias del canon literario o el gusto dominante.

Nuestra pregunta, creo, debería apuntar al agente que ha motivado la selección y comentario de aquellos poemas (defendibles históricamente o no) en un texto propio que contamina significativamente el contenido individual de los textos antologados; antes que señalar aquellos poemas que *deberían* estar presentes o ausentes ya que lo que está en juego no es la documentación histórica de la literatura sino la manera como “el autor” ha leído la poesía inglesa desde su peculiar perspectiva y gusto. Porque me aventuro a postular que en esta antología, como en toda otra que no sea mero instrumento

didáctico *se nos dice algo* acerca de la poesía y este discurso, que es epítome de la cultura y el gusto de su autor, es el que la justifica y legítima.

Promediando diría que si prudentemente aceptamos la imposibilidad de una antología “justísima”, porque tal utopía implicaría un autor “neutro”, esto es, literariamente ineficaz por carecer de perspectiva propia; consecuentemente, y reservándonos nuestra capacidad admonitoria, deberíamos resignarnos a aceptar que cuando comparamos nuestras listas de autores o poemas con las del antólogo, sólo estamos confrontando un gusto contra otro y no oponiendo rigor contra arbitrio.

Sin duda este problema está circunscrito a la discusión posmoderna sobre la legitimidad de la reescritura y la apropiación textual. No obstante, quienes tomen distancia respecto de tales teorías estéticas, cuando menos deberían conceder que quien reescribe también escribe.

El libro de Rojo está dispuesto bipartitamente:

Primero, un “Introdutorio”, que recoge los preámbulos al texto, destacando en él la informada amenidad de “Palabras preliminares” del ensayista y poeta Federico Schopf cuya inteligente y cuidada prosa, sin embargo, no evita aquella fea aliteración del título que sí evitara Darío al preferir: “*liminares*”.

Segundo, el meollo del libro: “Los poetas y los poemas”, que contiene veintiún acápite que transitan por *las más bellas páginas* de la lírica inglesa, “De Geoffrey Chaucer a Dylan Thomas”.

El protocolo de estos apartados cuenta con una introducción biográfico-crítica seguida de un retrato en austera (e innecesaria) reproducción en blanco y negro. ¿Considerará acaso nuestro antólogo “informativa” esta credencial iconográfica a la manera de una *carte de visite* decimonónica? Concluyendo este protocolo, la selección de poemas propiamente tal con sus respectivas notas que, entiendo, aportan al texto lo más propio de la voz del antólogo.

Esta compilación de textos incluye poemas de Chaucer, Shakespeare, Milton, los “*Metaphysical Poets*”, los “*Cavalier poets*”, los primeros románticos y los poetas victorianos. Y culmina con una doble corona moderna: W. B. Yeats y Dylan Thomas.

Al interior de este variado jardín poético, el lector podrá encontrar las plantas y frutos que su curiosidad reclama, junto a otros que acaso considerará sólo del gusto del antólogo.

En cuanto a la traducción, ¿valdrá aquí, una vez más, la paronomasia italiana *traduttore: traditore?*

Si bien Rojo no ofrece una versión “*Que oscila entre la interpretación personal y el rigor resignado*”<sup>2</sup>, ya que su texto parece hacer un esmerado esfuerzo por mantener la urbanidad y no traicionar al *Urtext*; sus traducciones, asimismo, no parecen procurar la deslucida neutralidad del *scholar*.

<sup>2</sup> Borges, Jorge Luis. Walt Whitman. *Hojas de Hierba*. Selección, traducción y prólogo de Jorge Luis Borges. Barcelona: Editorial Lumen, p. 11, 1997.

Hay en *Poemas y poetas clásicos ingleses* mucho cuerpo sensible que percibe con todos sus sentidos y goza con el texto que escoge y traduce.

Porque la “urbanidad académica” de Rojo es más aparente que real y en su versión no es difícil entrever al amante de la poesía “indomesticado”.

Remito al lector a la traducción del “Prólogo” de Chaucer que apropiándose de los primeros versos en traducción de Jorge Elliott, ciertamente, nos regala “*El frescor y vitalidad de la primavera*” (58). O al soneto 43, “How do I Love Thee?” (260-261) de los *Sonnets from the Portuguese* de Elizabeth Barret Browning<sup>3</sup> que, gracias a la ternura conyugal de su dicción, permite ser leído como una fantástica respuesta de la dedicataria del libro al autor: su esposo.

Quien busque *lujo, calma y voluptuosidad* lo encontrará no solo allí, sino con frecuencia en las traducciones rojianas de Robert Herrick y Andrew Marvell que esta antología permite confrontar con el erotismo des-sublimado de “To His Mistress Going to Bed” de John Donne (100-103), o del temprano “The Force that Through the Green Fuse Drives the Flower” de Dylan Thomas (306-307) o, asimismo, del cabalmente afortunado “Leda and the Swan” de William Butler Yeats (286-287).

Después de la lectura de dichas páginas acaso podríamos concluir que la perspectiva del antólogo está inequívocamente focalizada en el placer literario.

A mi entender, es ésta la justificación del libro que comento; esto es, su oportuna contribución, desde la experiencia hedonista, a des-enrevesar y recuperar una exigencia imprescindible, hoy casi olvidada, de las buenas tradiciones literarias: la lectura gozosa del poema.

Finalmente, citando “literalmente” a quien el texto cita por omisión quiero recordar dos sentencias que creo se cumplen en este *Florilegium Poeticum*:

1. “*La [siguiente] función de la antología sólo puede cumplirse si el compilador es no sólo un hombre de muchas lecturas, sino de gusto muy sensible*” (Eliot, T. S. *Sobre poesía y poetas*. [On Poetry and Poets. London, 1957]. Trad. Marcelo Cohen. Icaria Editorial. Barcelona, 1992. p. 43.

<sup>3</sup> No puedo evitar mencionar la ambigüedad en la traducción del título de esta colección de sonetos. En la p. 251 se los alude como *Sonetos del Portugués* y en la nota de la p. 263 como *Sonetos de la Portuguesa*, aclarando que el título se debe a “*un nombre que le había dado a ella su esposo Robert*” (263). ¿Un desentendimiento entre Rojo y su colaborador Vargas?

Nótese que, no obstante su cultura peculiarmente inglesa y el rigor que siempre lo acompañara, Borges transitaría por esta misma ambigüedad al nombrarlos *Sonetos traducidos del portugués* (Borges, Jorge Luis. *Poética*. Barcelona: Editorial Crítica, p. 92, 2001). No hay referencia alguna al Portugal o a la poesía lusitana en el libro de Elizabeth Barret. Consecuentemente, deberíamos preferir “*De la portuguesa*” ya que es conocido el moreno calificativo que, en la intimidad, le propinara Robert Browning a su esposa.

2. *“Así como en una cena bien concebida uno no disfruta una cantidad de platos en sí sino la combinación de cosas buenas, hay placeres de la poesía que deben recibirse en conjunto; y es bien posible que leídos en conjunto uno detrás de otro, poemas muy diferentes de autores de distintos temperamentos y épocas distintas puedan revelar cada uno su sabor peculiar, porque cada uno tiene algo que a los otros les falta. Para gozar este placer hace falta una buena antología, y también cierta práctica en su empleo”* (Eliot, *Ibíd.* p. 44).

GERMÁN MUÑOZ PILICHI  
Universidad de Chile